

EUGENIO MARIA  
DE HOSTOS:  
EDUCADOR,  
SOCIOLOGO Y  
AMERICANISTA

FELIPE HERRERA

BANCO INTERAMERICANO  
DE DESARROLLO



*Discurso pronunciado por el Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo el día 22 de enero de 1965 en la Sociedad de Amigos de Puerto Rico, en Nueva York, al recibir el "Premio Eugenio María de Hostos". La Sociedad confiere este premio una vez por año al ciudadano de América que, a su juicio, haya contribuído de manera sobresaliente a promover la unión cultural, económica y política en el hemisferio.*

EUGENIO MARIA DE HOSTOS:  
EDUCADOR,  
SOCIOLOGO Y  
AMERICANISTA

I

En uno de los acogedores prados del Parque Forestal de Santiago de Chile, a la sombra de sus árboles imponentes, se alza la sobria escultura de un hombre maduro, de barba y cabellera robustas, cuyos ojos profundamente sentados parece que todavía escrutaren el porvenir. Allí, como tantos otros niños santiaguinos, leí por primera vez su nombre grabado en el bronce conmemorativo: Eugenio María de Hostos (1839-1903).

Años más tarde, al iniciar mi vida de estudiante universitario, mis ojos inquietos de adolescente volvieron otra vez a leer el mismo nombre sobre la testera del aula de primera reunión en la Escuela de Derecho.

Dentro del aula, ya no supe sólo de su nombre, sino de la figura y del ideario de Eugenio María de Hostos. Mi viejo profesor Gabriel Amunátegui le dedicó un extenso panegírico. Se refirió a su obra, no sólo en el campo teórico de la ciencia política y del derecho constitucional sino también como uno de sus antecesores en esta cátedra de la Universidad de Chile. Lo comparó a Andrés Bello y a Domingo Faustino Sarmiento por su calidad de americano completo y además por ser como ellos hijo adoptivo de Chile que mucho había contribuido al desarrollo intelectual y social de su segunda patria. Lo describió como un hombre que, nacido en Puerto Rico, había actuado y luchado en España, en Francia, en Estados Unidos y en toda América Latina, siempre guiado por un profundo sentido de la unidad de nuestros pueblos.

Dos veces había estado en Chile, la primera como mensajero de ideas y estudiante de la realidad americana; la segunda como maestro, llamado por el gobierno del Presidente Balmaceda

para ayudar en la reforma de la enseñanza. Había permanecido entonces cerca de diez años y había sido rector de dos liceos. Aún perduraba su obra, y aún perdura en el sistema educativo del país. Como también es de inspiración hostoniana—en el plano político—el principio del equilibrio de los poderes adoptado en nuestra constitución de 1925.

Cuatro años más tarde de mi primera lección en Hostos, su figura cobraría para mí valor aún más vital y sugestivo. En representación de los estudiantes de la Escuela de Derecho me tocó plantear la necesidad de dar mayor base sociológica a nuestros estudios jurídicos, así como vincularlos más directamente a las motivaciones de la realidad nacional. Los reformadores de entonces, en procura de antecedentes que sirvieran de apoyo a nuestra demanda, encontramos que nuestro alegato ya se había presentado cincuenta años antes, cuando Hostos se había esforzado en vano porque la sociología entrara a formar parte del curriculum universitario. “Siendo ella la ciencia primaria—había argüido Hostos—a la sociología están subordinadas todas las ramas de la jurisprudencia, de la política, de la economía, de la administración, y a ella deben referirse todos los grupos de ciencias secundarias y todos los estudios de esas ciencias”.

Si he hecho este recuento de tipo personal es simplemente para demostrar hasta qué punto me es familiar este personaje de barba enérgica y mirada bondadosa a quien consideré amigo desde la infancia. Hasta qué punto estoy ligado afectivamente a sus doctrinas, hasta qué punto admiro su obra y respeto la trayectoria de su vida. Estas razones vuelven más profundo si cabe mi agradecimiento y más agudo mi sentido de responsabilidad al recibir este galardón con que la generosidad de ustedes ha querido honrarme por el hecho de formar parte de esa falange de americanos que creen que nuestro continente es el crisol donde se está forjando una civilización nueva y que, en frase de Hostos, tratan de “formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos”.

## II

No se adentran en el verdadero espíritu de Hostos quienes no comprenden que fue esta voca-

ción de luchar por la integración latinoamericana la que le llevó a transformarse en educador, en sociólogo, en filósofo y en político, durante su intensa y variada vida, en tantos y tan diversos escenarios culturales y geográficos. A los 21 años, siendo aún estudiante de derecho en España, se vincula ya al movimiento liberal y republicano de la época, con Pi y Margall, Castelar y Francisco Giner, y aboga por una "Federación igualitaria de Hispanoamérica y España". Sufre entonces su primera gran desilusión, cuando sus compañeros españoles de lucha le dejan a solas con su sueño de la independencia de Puerto Rico y Cuba.

Con su sueño emprende su odisea que le lleva a Francia, Estados Unidos, Colombia, Perú, Chile, Argentina, Brasil y de nuevo a las Antillas. En esos años evoluciona y madura su pensamiento. Aboga por la "Federación Antillana" formada por Puerto Rico, Cuba y República Dominicana que, con otras confederaciones similares, llegara finalmente a conformar una América Latina Confederada.

Su labor integracionista no se detiene en el planteamiento de soluciones teóricas sino que se adentra en el terreno de las realizaciones positivas. En reconocimiento a su visión de adelantado para la construcción del ferrocarril transandino, entre Argentina y Chile, la primera locomotora que recorrió esa vía llevaba estampado sobre la caldera el nombre de Eugenio María de Hostos. Símbolo también de la potencia dinámica de su obra que sigue arrastrando voluntades modernas hacia la meta de la integración.

Pocos como él percibieron el sentido de identidad y de cohesión de América Latina. Sus grandes esfuerzos y su lucha por librar a Puerto Rico y Cuba de su estatuto colonial, no bastaron para consumir sus energías. Tenaz y persistente fue su acción en favor de los derechos humanos y sociales, durante largos años de magisterio en Chile y República Dominicana y durante períodos más cortos en Colombia, Panamá, Perú y Argentina.

En todo momento mantuvo la convicción clara y serena de la dignidad de América. No alegaba grandes progresos y grandezas que no existían, pero tenía un sentido histórico de la realización

humana. Se juzga a América Latina—decía— “queriendo que sesenta o menos años de autonomía nacional y de formación independiente de la vida produzcan en estas sociedades que se desarrollan el resultado que han producido siglos de trabajo y de lucha en Europa”.

La acción, el peregrinaje, la inquietud insatisfecha nutrieron vigorosamente su formación intelectual. Llevaba en sí el sino goethiano de construir en él una personalidad equilibrada de acción y pensamiento. Como a Goethe le preocupa la dualidad de Hamlet, y como él escribe un ensayo de extraordinaria percepción sobre este tema, que lo demuestra literato excelente.

Pero Hostos era un literato enemigo de “hacer literatura”. Esta debía estar, según él, al servicio de una causa noble: destinarse, como él mismo lo dice, “a servir, a construir, a levantar corazones”. Era, como González Prada, como Varona, como Justo Sierra, lo que hoy llamamos un escritor comprometido. Y su compromiso era la “Confederación de las Antillas” si hemos de atenernos a su libro “La Peregrinación de Bayoán”, ese legendario primer hombre originario de Borinquen, hijo de un cacique de la Española y cuya amada es Darien, símbolo de una de las más hermosas regiones de Cuba.

### III

Buscaba, como he dicho, su integración interior como contrapunto de la integración exterior que anhelaba, y porque su vena de político y de estadista no encontraba asidero para lograr los cambios anhelados, se volvía hacia la educación. Esta estaba llamada a ser la palanca poderosa que superara la desunión, el despotismo y las miserias materiales y morales de nuestras nacionalidades.

Como siempre, la intuición americana de Gabriela Mistral acierta cuando expresa: “Civilizador de la misma batidura de los Sarmiento, entendió que la faena por hacer era mixta, y que no podía trabajarse sobre una sola arista del bloque, y se puso a todo lo que podía, pudiendo mucho. Fue sociólogo, crítico literario, hombre de ciencia y conferencista popular, y en cada cosa profesor porque el asunto americano gritaba su hambre de didácticas por donde se le cogiese”.

Las ideas pedagógicas de Hostos denotan la poderosa influencia de los filósofos de la educación que en su época estaban en boga, particularmente Pestalozzi, Froebel y Spencer. Pero la verdadera importancia de la posición de Hostos en este campo deriva de las originales relaciones del sistema educativo con toda la realidad y evolución social de su época, que Hostos proyecta en sus escritos y en su enseñanza. Tuvo como Andrés Bello la capacidad creadora de recoger la validez permanente de los conceptos intelectuales y proyectarla en la realidad histórica que le correspondió vivir.

Mucho ha cambiado la América Latina de hoy con respecto a la contemporánea de Hostos. Sin embargo, nadie negará que ahora más que nunca el sistema educacional es una de las claves para enfrentar el futuro de nuestros pueblos. Así se entendió en la Carta de Punta del Este, al establecerse las bases de lo que podía ser una nueva filosofía de la cooperación interamericana y al definirse los objetivos que los países debieran lograr en el actual decenio. La Carta consigna entre esos objetivos el de: "Eliminar el analfabetismo en los adultos del Hemisferio y, para 1970, asegurar un mínimo de seis años de educación primaria a todo niño en edad escolar de la América Latina; modernizar y ampliar los medios para la enseñanza secundaria, vocacional, técnica y superior; aumentar la capacidad para la investigación pura y aplicada, y proveer el personal capacitado que requieren las sociedades en rápido desarrollo".

Nuestros países, en los afanes de programación de su desarrollo, han entendido progresivamente la conveniencia de atender en forma planificada las necesidades educativas, tendiendo a calificar el gasto público y privado destinado a este objeto, como una inversión social de alta prioridad.

Nos ha correspondido, en el Banco Interamericano de Desarrollo, administrar los fondos de la Alianza para el Progreso con el propósito de promover y de modernizar la educación y el adiestramiento avanzados. Hemos puesto nuestros recursos financieros junto al propio esfuerzo de los países de América Latina para aumentar el número y mejorar la calidad de los centros que nuestras colectividades necesitan para la forma-

ción de grupos dirigentes capaces de dar las respuestas filosóficas, políticas y económicas, educativas y científicas, técnicas y artísticas, que reclama una América Latina cuya población crece inmoderadamente y aspira al propio tiempo a un goce más amplio de los frutos de la tecnología y de la civilización contemporáneas. Todo esto implica nuevas y enérgicas presiones sobre nuestro sistema universitario. Si Hostos estuviera hoy entre nosotros, y estuvieran Sarmiento y Bello y Alberdi, todos volverían a ser promotores apasionados de la educación superior; seguramente los volveríamos a encontrar fundando universidades o regentando escuelas normales.

En el curso de los últimos cuatro años se han efectuado significativos progresos en este campo. Al momento de firmarse la Carta de Punta del Este, en Agosto de 1961, había en América Latina un total de 160 universidades y establecimientos de enseñanza técnica avanzada, con una matrícula de 520 mil alumnos. En 1964 comprobamos la existencia de 196 establecimientos con 680 mil alumnos, y se espera que al término de este decenio la enseñanza superior alcance una matrícula cercana a un millón de alumnos, lo que significa un progreso a una tasa del 6% anual. Es imperativo cumplir con estas metas si se considera que la enseñanza superior en Estados Unidos, con una población similar a la total nuestra, acusó un enrolamiento de más de cinco millones para el año que acaba de terminar.

Es claro que el avance cuantitativo antes indicado no basta para satisfacernos. Es indispensable reorientar a nuestros educandos hacia campos con déficits notorios. Señalaré, por vía de ejemplo, que en nuestra región, prevalementemente agrícola, la matrícula en agronomía y veterinaria es solamente el 3,2% del total, en tanto que el 10% debiera ser la proporción mínima adecuada.

Urgentes mejoras cualitativas son necesarias para combatir la deserción estudiantil. Al estudiar las estadísticas de educación superior en 1960 se constató que en once países latinoamericanos, los alumnos en cuarto año de estudios universitarios eran menos que el 30% de los matriculados en el primer año.



Es innegable la necesidad de orientar mayores recursos financieros a nuestra educación superior para este proceso de mejoría. Gran parte del esfuerzo debe efectuarse con mejor orientación de los fondos locales; sin embargo, la cooperación financiera internacional puede desempeñar una importante labor. Así, es estimulante constatar que entre enero de 1962 y junio de 1964, los organismos regionales, internacionales, del Gobierno de Estados Unidos y la fundaciones de este país, han contribuído, con más de cien millones de dólares a esos fines, suma de la cual el 55% se destinó a las ciencias básicas y aplicadas y a la agricultura.

El Banco Interamericano de Desarrollo ha pretendido transformarse en el "Banco de la Universidad Latinoamericana," basándonos en nuestra estructura multilateral y en nuestro enfoque global para apreciar las necesidades de financiamiento del progreso de nuestros países. De este modo hemos concurrido a financiar 22 proyectos por un total de 30 millones de dólares, beneficiando 45 establecimientos de enseñanza superior en 15 países.

\* \* \*

Muy noble es sin duda la iniciativa de la Sociedad de Amigos de Puerto Rico al crear un permanente estímulo a quienes tratan, a través de sus respectivos campos de acción, de servir con sentido continental a sus pueblos. Y nada más apropiado que dar a ese galardón el nombre de Eugenio María de Hostos, figura enraizada en Puerto Rico que se agiganta cuando América Latina se apresta a entrar en el último tercio de este siglo: apóstol y visionario, maestro y luchador, portorriqueño y americanista.

La complejidad de la convivencia internacional vuelve hoy más que nunca necesaria la formación de grupos dirigentes capaces de superar sus particularismos vocacionales y sus afanes locales inmediatos. Por eso al evocar el espíritu de Hostos he creído del caso referirme a nuestras universidades, crisoles de esas juventudes a las que él tanto sirvió y amó. La inspiración de Hostos concurrirá para formar en esas casas de estudio hombres completos, en quienes el pensamiento y la acción se equilibren. Porque Hostos al escribir enseñaba y hacía algo más que enseñar:

edificaba conciencias. El se integró a sí mismo para poder ser germen de la ambiciosa empresa integradora que fué la razón de su esfuerzo y su esperanza. Germen que mantiene incólume su potencia creadora en nuestros días, porque Hostos, como dijera uno de sus comentaristas, “fue de aquellos varones que llegan a unificar en sí mismos, la acción, la voluntad y el empuje de todo un continente”.

*Pueden obtenerse copias adicionales de este discurso como de otras publicaciones del Banco Interamericano de Desarrollo, dirigiéndose a:*

**División de Información  
Banco Interamericano de Desarrollo  
808 17th Street, N.W.  
Washington, D. C. 20577**

